

CARAS Y CARETAS

SEMANARIO FESTIVO
DECANO DE LOS PERIÓDICOS ILUSTRADOS

Director: ARTURO GIMENEZ PASTOR

AÑO III
Nº 136
Octubre 4 de 1896

chütz

PRECIOS SUSCRICION
MONTEVIDEO DEPARTAMENTOS

Un mes	\$ 1,00
Seis meses	" 5,00
Un año	" 9,00

EXTERIOR
Los mismos precios, en moneda equiva.
lente con el aumento del franqueo.
Número corriente 30 centesimos - Número atrasado 50 centesimos

EN VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS
SE PUBLICA LOS DOMINGOS

Oficinas: CALLE URUGUAY, 301
MONTEVIDEO.



TIPOS POPULARES
EL DEL PIANO

IMP. Y LIT. LA RAZON; CERRO, 57

¡Oh Dio! ¡Come mi vedol
le mochachi, haciendo farra,
me gridan per butifarra:
«¡Generale café freddo!»

E todos, pobres e ricos
en esta e in altra parte,
me dan a mé y al bel'arte
con la puerta in los hucicos.

No hay in'alma innamorata
que me escuche in solo instante...
per mé, me crén in farsante
e se rien de mi tocatta.

¡Oh qué lágrimas salobres!
Come ina bestia laboro,
e non puedo formar coro,
ma voy comiendo mis cobres...

E questo non mi convien.
¿Ma perché io mi metí
in quello que no debí
si antes lo pasába bien?

¿Perché io, come ina fiera
stúpida e singular
me fu metito a peliar
con il padrón Culio Herera?

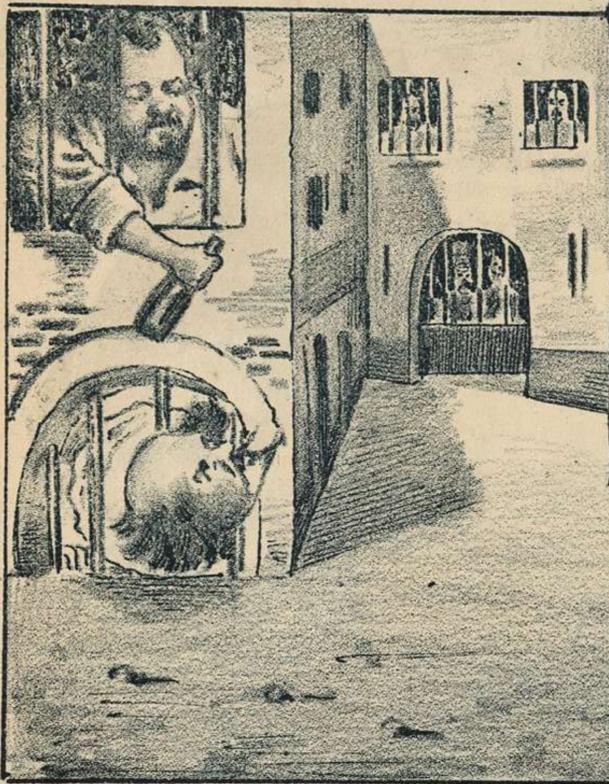
¡Oh cuventú! Vedi in mé
lo que es peliar con lo tatas,
e non toques mai tocatas
que non non fueron mai per tél

SUMARIO

TEXTO—«Zig Zag. Los códigos y los hechos».—«Grajea», por Uno—«En la Plaza Cagancha»—«Cuento baturro», por Antonio Soler—«El retrato de hoy. Don Eduardo Acevedo Díaz»—«Cosas de poetas», por José G. García—«Hay tiempo»—«Teatros»—«Glóbulos homeopáticos»—«Epigramas», por C. Brunet y J. Solís—«Los colegas de buen humor. Pellicós con tijera. En Colón. Los del acompañamiento» (De «La Tribuna Popular»)

GRABADOS—Tipos populares. El del piano—«La situación» por Wimplaine II.—«Galería uruguaya. Don Eduardo Acevedo» y varios intercalados en el texto por Aurelio Gimenez.

Todo escrito que no lleve firma, pseudónimo ó señal al pie, pertenece al director de este semanario.



Los códigos, los hechos y los hombres

COSAS FIN DE SIGLO

Demonio con la afición! Es meterse uno á estudiar de leguleyo, y á cada rato le saltan casos que meter en el código y gentes que meter en la cárcel.

¿Serán cosas del instinto, cosas de las leyes ó cosas de los hombres?

La verdad es que yo estoy por lo último, y tengo para mí que ellos también están por ello, pues que hacen las cosas.

Todo esto vino tirado de la prisión del mayor Iribar, efectuada por orden de S. E. don Juan, lo cual, según los colegas ha sido pasarse á mayores con el mayor.

Porque en resumen el mayor no había hecho mayormente sino exponer sus ideas, al fin y al cabo sin mayores consecuencias para don Juan, porque esto lo hacen la mayoría de los individuos que tienen lengua, sin que le pase nada á él.

Pero él se empeñó en que le pasara al mayor y he ahí al mayor en la tipa, que es una tapa como cualquier otra para las bocas locuaces.

Ahora bien; reflexionando sobre esto, he aquí que me dije: Vamos, vamos; estoy porque los colegas no tienen razón en lo que dicen; porque si don Juan, como autoridad, es representante de la ley, cosas de la ley y no de don Juan han de ser éstas.

Y echeme á buscar la ley en virtud de la cual pudiera don Juan aprehender al mayor Iribar, cuando cátaate aquí que abierto el Código Penal, me topo de manos á boca con lo siguiente:

DE LOS DELITOS CONTRA LA LIBERTAD POLÍTICA

«Art. 146. El que, con violencias ó amenazas impidiere ó cortare el ejercicio de cualquier derecho político, será castigado con destierro de uno á dos años.

«Si el delincuente fuese empleado público y hubiese procedido con abuso de sus funciones, la pena será aumentada de un grado.»

Como quien dice: tres años.

¡Anda anda! exclamé yo. Esto es grave.



Veamos. ¿Qué hacía el mayor Iribar? Ejercer sus derechos políticos, exponiendo sus convicciones de una asamblea política. ¿Y don Juan? Impedirle con violencia que hiciera esto.

Ergo.

Si el caso es tan evidente cual resulta aquí, lector, la víctima es el Mayor, y don Juan el delincuente!

Y me cubrí el rostro con ambas manos. ¡Don Juan comprendido en la pena del código!

¿A quién esto no preocupa, cuando así á don Juan se vé dentro del Código que de los pícaros se ocupa?

Toda la teoría del silogismo se me vino á la cabeza, y aunque yo me resistía, porque soy respetuoso, la pesada mano de la lógica, (que diría el dueño de la Junta) me impulsó, y, quieras que no, lei en las entrelíneas de aquello esto, muy clarito.

La ley, con mucha razón como bribón considera al que esto hace, y le echa fuera; don Juan lo ha hecho, en su ceguera, luego es don Juan un bribón!

He aquí á lo que conduce meterse con las leyes! Por eso es sin duda que don Juan no se acerca á ellas jamás, ni se ocupa de mirarlas siquiera.

Sus razones tenía el hombre!

Y ahora, quien me ve á mí en un semejante compromiso, como hombre alguno lo tuvo en su vida!

Porque es el caso que yo he descubierto esto, pues que los encargados de aplicar las penas no se acordaban de ello y el Poder Judicial inocente en paz vivía como don Juan.

Pero ahora, he ahí que yo les he hecho acordar, les he advertido inconscientemente la trasgresión, y los jueces de esta tierra que son la rectitud andando, porque eso sí, como rectitud!... de fijo van á enjuiciar á don

Juan—(¡de esto no cabe duda!)—y le juzgarán—(¡de esto tampoco!)—y... y le desterrarán!!—(De esto sí, porque son compasivos).

Todo por mi culpa, por mi culpa, por mi grandísima culpa...

Y por la culpa de él, que, al fin y al cabo, el Código no dice que sea mía.

¡Es desesperante!

Pero ya en este camino, ¿quién se detiene?

Avancé entre los artículos del Código y como impulsado por una fuerza irresistible—como diría Pérez Escrich—fuí á dar con otro artículo que dice así «por mi mal» (Por el de ellos).

«Artículo 167. El funcionario público competente que, teniendo conocimiento por razón de sus funciones, de una detención ilegal, omitiere. retardase ó rehusase proceder según corresponda, para hacerla cesar, será castigado con multa de cien á doscientos pesos».

Y al leer esto, una y dos veces, sin saber porqué, pensé ¡ay! en los bolsillos de los beneméritos jueces.

Quizá porque nadie ha dicho esta boca es mía aunque el mayor Iribar sigue tan preso como el primer día.

Por último, ya espeluznado hasta el alma en vista de los resultados que podría dar la aplicación de tal código, si se aplicase, seguí, seguí y vean ustedes cómo iba á quedar la cosa á aplicarse como debiera.

«Art. 159—El que usare violencia ó amenaza para obligar á alguno á hacer, tolerar ó dejar de hacer algo contra su propio derecho, será castigado, cuando el hecho no constituya derecho más grave. con prision de seis á nueve meses.

Si el culpable ha usado la violencia valiéndose de armas, la pena será aumentada de un grado».

Al leer lo cual, me dije, también sin saber porqué.

qué riesgos extraordinarios había tenido, según esto, el mandar aquí un batallón de voluntarios!

El cuarto, pongo por ejemplo.

Nadie se hubiera figurado que el pobre comandante Echeverry estuviera tacitamente condenado á quince meses de cárcel!

Por lo del Código Penal ¿eh? no por lo de los voluntarios. Las cosas claras.

Luego ¿á qué seguir? El soborno, el fraude, la violación de correspondencia, el abuso de autoridad, todo, todo eso que vemos á tanta jente de las alturas hacer día á día, penado allí... ¡Quedé aterrado!

Pero la reflexión vino en mi ayuda. Pensé en ustedes, en el terror de mis lectores ante la idea de una sentencia monstruo mandando á presidio á media población presupuestívora, de D. Juan abajo, y dije, preparándome para tranquilizarles.

—Vamos; esto no pasa de una broma pesada: viene á ser como la disposición de pagar nuevo pasaje en caso de pérdida del boleto, que imponen las empresas de tranvía. Que nunca se cumple.

Las del código penal son penas que, por lo visto (¡y tan visto!) no meten miedo á nadie. Porque, efectivamente.

tal cosa ocurriera si fuera en práctica aplicado, pero de esto no hay cuidado. Cierto es; todo está penado... pero solamente allí.

GRAGEAS

Dos hijas tiene un señor, una baja y otra alta, y de que aquella se case tiene muchas esperanzas, pues hay un señor bolsista que suspira por la baja.

Para pagar una multa los dos le prestamos.

—Cierto.

—Conmigo está en descubierto.

—De mí, al contrario, se oculta.

En la Plaza Cagancha

(Del libro «Devaneos y Recuerdos», en preparación)

Creeríase ver una bandada de pajarillos que se hubiese posado allí, al rededor del gran farol de la plaza, girando, revolviéndose y saltando en el ancho círculo de luz, alegres, descuidados, haciendo resonar el tibio ambiente con sus vocécitas agudas y destempladas que vibran contentas en pequeños gritos, llamadas y risas.

¡Cuánto niño! Aquella reunión, que de seguro se encuentra allí cuando está bueno el tiempo, no es, por cierto, uno de los menores encantos de esas hermosas noches de verano de que tan pródigo se muestra el buen Dios en nuestra tierra.

Entonces salen en tropel los pequeños paseantes tirando impacientes de la mano de la niñera que, entorpecida por el almidonado delantal que hay que conservar libre de arrugas, no camina tan presto como lo desearan; y así van á converger á la plaza, juntándose en el círculo luminoso que cual suelen verse ya pequeños grupos que, como manchas movilizadas, vagan lentamente de un lado á otro.

¡Pero cuántos sacrificios cuesta esta hora de libertad; cuántas ansiedades ese momento de la salida!

Hay que ser bueno durante el día, no llorar, no alborotar en la mesa... prometer á la niñera absoluto silencio sobre las conversaciones con el primo, en la plaza...

Es terrible eso de estar oyendo á cada rato lo mismo, dicho con acento amenazador y acentuado por el antipático índice de una mano blanca:

—Mira que si te portas así, no vas luego á la plaza...

Pero también, ¡cuán agradable es conseguir, por fin, el deseado permiso y reunirse al pie del farol, que parece atraerles con su luz, como á las mariposas!

Hélos ya ahí, entrecruzándose con su incesante andar, haciendo crujir el rojo pedregullo de la plaza bajo la presión de sus pequeños pies.

Esperan á los que faltan.

Estos van llegando en pequeños grupos, custodiados por la emperifollada niñera, algunos con paso inseguro, torpe, bamboleante, paso peculiar de los ancianos y de los niños muy pequeños; otros asentando con más aplomo sus pies, calzados de flamantes zapatitos de charol; niñas de rubios cabellos y mirada cándida; algunos con gesto enfurecido y receloso al verse entre tantos, otros sonrientes, animados por el bullicio que empieza ya á manifestarse.

Las mayorcitas, las grandes (grandes de once años!) están hace tiempo en su puesto, esperando el momento de dirigir la rueda; formando grupos en que se conversa, acallando las querellas, esa temible plaga de las reuniones infantiles.

—Esa es tu novia, ha dicho un pequeño á otro.

—No; no es mi novia, replica el presunto novio con acento de enojo

—Sí, es.

—No; porque es fea.

La novia suelta el llanto, que las grandes se apresuran á acallar.

—¡Me ha dicho fea!...

—No le hagas caso... muy linda que eres. ¡Qué más se quisiera él!

En tanto, la afluencia acrece: llegan lindos chiquitines de sonrosadas mejillas y cabellos casi blancos á fuerza de ser rubios; algunos lo llevan cortado al rape, otros los lucen peinados á lo hijo de Eduardo; los más pequeños entran como aturdidos en aquel círculo bullicioso en que domina el elemento femenino, representado por muchos vestiditos claros y cabellos sueltos; casi todas llevan al aire los brazos y algunas las pantorrillas, lo cual hace que aquel movimiento, aquellos vestidos claros matizando como flores el suelo, todos aquellos rostros sonrosados como melocotones, aquellos brazos y cuellos desnudos produzcan cierta sensación de frescor, de salud y alegría al verlos agitarse en la luz, envueltos por un polvillo dorado como la luz, mientras arriba, en el claro cielo siempre revestido de su majestuosa y serena calma, parpadean las estrellas, haciendo contraste el silencio y la tranquilidad profundas de la gran bóveda, con el bullicio y la animación de aquel rincón en que espande una niñez feliz su inocente alegría.

Así hasta que los más pequeños empiezan á mostrarse impacientes.

—Bueno, ya somos bastantes, dice entonces una de las grandes. Vamos á empezar.

Los pequeños se agrupan; un movimiento de concentración se manifiesta en la infantil concurrencia. Todos los trajecitos claros se dirigen hácia donde la niña con voz breve y entonaciones de señora á quien fatigan los chiquitines, castigando sus brazos con la trenza, loca que los rápidos movimien-

tos de su cabeza hace saltar de un lado á otro, ordena la formación de la rueda.

—Bueno, usted aquí, dice cogiendo á una por las manos y arrastrándola rápidamente, tal vez más de lo que las piernitas de la designada lo permiten. Aquí; desén la mano. Bueno; ahora no se muevan hasta que yo les diga.

Y la trenza se aleja sacudiéndose bruscamente como un látigo.

La cadena va aumentando con la adición de nuevos eslabones, todos desiguales, más pequeños, más grandes, pero en cambio igualmente inquietos, volviéndose, separándose, oprimiéndose hasta destruir la formación regular impuesta por la de la trenza que corre apresuradamente de un lado á otro, cual General que pasa revista, reparando los desperfectos causados, reconstituyendo la cadena rota en partes. esa cadena que, cual nueva tela de Penélope, se deshace apenas hecha, con nuevo enlace de las pequeñas manos, y amenizando este trabajo advertida que la miran los curiosos, con exclamaciones de maestra atribulada en día de exámenes.

—Usted aquí!... No se suelten... ¡Ay, por Dios, que niñas! Me van á volver loca!

A última hora, ya formada finalmente la rueda, se ofrecen aún dificultades.

—Este niño quiere entrar, dice la voz de una niñera, introduciendo en el círculo un pequeño de cabellos color canario cortados al rape, que mira con gesto hosco á los demás, mostrando sus bracitos desnudos con un hoyito en el codo, temeroso y desconfiado al verse de pronto introducido en aquel círculo bullicioso.

—¡Ay, otro más! ¡Dios mío, nunca vamos á acabar!... Bueno; póngase aquí, al lado de esta niña; desén la mano... así... bueno... Empiecen!

Y, al golpe de una palmada, la rueda empieza á girar con lentitud vacilante.

—¡Canten, pues!

Algunas vocécitas se elevan temerosas, como avergonzadas, balbuceando el verso un momento hasta que callan una tras otra al notar que el resto de la rueda no acompaña.

—¡Canten, canten! dice la de la trenza sacudiéndola más nerviosa que nunca. ¡Canten! repite, con voz chillona, mientras recorre la rueda empuando á los morosos:

¿A dónde vas, tú caballero;
adónde vas, triste de tí?

Las vocécitas se elevan más seguras ahora; las niñas mayores algo tímidas todavía creyéndose fuera de su centro entre tantos pequeños, dirigen el canto, que pronto entonan todos mirando á lo alto, al espacio, como si lo escuchasen viniendo á ellas de muy lejos, acompañada del suave soplo que hace murmurar las moreras cual si a su paso se estremeciesen de placer, mientras, alejada por el bullicio, se oye de cuando en cuando la campanilla de la rifa, abandonada en el otro extremo de la plaza, con sus baratijas que parecen más ruines mostrándose sobre la alfombrilla estendida en el suelo, sin la rueda de curiosos que parece ocultar de ordinario su pobreza.

En tanto, el canto sigue elevándose y dilatándose en el templado ambiente.

¿A dónde vas, tú caballero,
adónde vas, triste de tí?

—Voy en busca de mi esposa
que hace un año no la veo...

De pronto se confunde el coro; la rueda ha vuelto á romperse. Aquello es de no acabar.

—¡Por Dios! Si no se puede con estos tan chicos... Bueno; los chicos afuera; después jugarán.

Y la trenza, sacudiéndose implacable, va á poner en obra su sentencia.

Un coro de llantos sustituye al canto; veinte caritas se han contraído con las arrugas de la angustia y el disgusto, y las manos regordetas acuden á los ojos...

Esto atribula á cualquiera.

—No; mejor, los chicos al medio, dice interviniendo una grande pálida de trenza rubia.

Es una transacción honrosa!...

—Bueno, bueno; no lloren; ustedes aquí, en el medio; desén las manos... así... bueno... sigan ahora!

Y vuelve á comenzar el canto.

Tu esposa, ya está muerta,
muerta está, que yo la ví,
y el cajón que ella llevaba
era de oro y de marfil.

Por cierto, es un lindo cuadro. Todas parecen bellas, y todas lo son, porque son niñas; allí puede admirarse en toda su pureza la igualdad que dan la inocencia y la alegría; al lado de una pequeña de lujoso vestido de manga corta, con ancha faja gra-

nate ciñendo el talle y hermosos zapatos de charol oprimiendo el empeine, se encuentra otra de modesto vestidito de percal y pobres zapatitos á la crimea, con su mano quemada en la blanca y delicada manito de la otra. Todos son iguales allí, porque todos, en calidad de niños, tienen la misma frescura y son idénticas todavía sus almas inocentes.

La rueda sigue jirando y cantando. De cuando en cuando una sombra pasa veloz como un rayo negro, proyectándose sobre aquellas figuritas blancas y exclamando, al pasar, con voz enronquecida, un: «guarda», en son de aviso.

Es uno de los del rescate que se juega allá, en la parte más oscura, y que ha sido perseguido hasta la luz por su contrario.

En tanto, el canto sigue siempre sereno, entonado por voces frescas y vibrantes.

Es lindo, lindo y tierno aquello; y cuando se está ya lejos de la plaza, se experimenta un grato encanto al escuchar todavía, amortiguadas por la distancia, muchas vocécitas blancas que dicen:

¿Adónde vas, tú caballero
á dónde vas, triste de tí?

cantando en la plaza, en el gran círculo de luz proyectada por el farol, á la fresca caricia del aire que hace estremecer con fruición las moreras; y se representa con insistencia en la imaginación por largo tiempo aún el cuadro encantador de toda aquella infancia que canta feliz en la luz, al pie de la estatua de la Libertad.



—Manolical!

—Ande vas, chiquio?

—Pus á Sos, con este loro

si te gusta y te conviene...

—¿Sabe hablar?

—Es mu meloso.

—¿Con too el mundo?

—Con las guapas,

por eso verás, pimpollo,

como si tú te lo quedas

te festeja en grande el loro.

—Gracias maño.

—Mia que plumas.

—¿Pica?

—La verdad, un poco;

pero no te desanimas,

que si pica es á los mozos...

Pus qué! Los que á ti te rondan

no se pican unos á otros?

No ha de ser menos el bicho...

Tú quedate con el loro,

y verás como á tu vera

no se acerca ningún tonto.

—Aunque la pinta es de gueno,

me paice un tantico soso.

—No quieres tú que principie

á llamarte guapa pronto!

Ya te lo dirá otro día...

Dios con ser Dios no hizo el globo

terráqueo en cuatro minutos...

No hablemos más; toma el loro.

Te lo voy á dar barato.

—¿Y el que tengo?

—¿Tienes otro?

¡Malditos inconvenientes!

—Si Toñicc, dende Agosto.

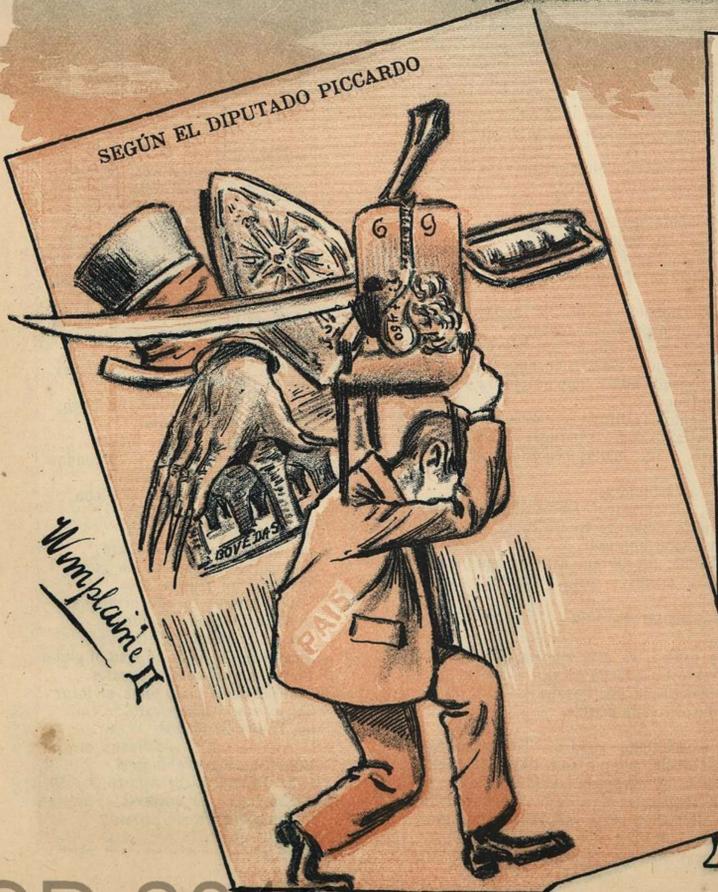
—Eso, como tú quisieras

lo arreglaba yo mu pronto.

SEGÚN «LA NACIÓN»
RIQUEZA, OPULENCIA, GLORIA!



SEGÚN EL DIPUTADO PICCARDO



SEGÚN «MONSIEUR»
—N'EST PAS COMME EN FRANCE, MAIS....



SEGÚN ÉSTE
LA ABUNDANCIA HASTA EL HARTAZGO



SEGÚN NOSOTROS

LA SITUACION



SEGÚN ÉSTE
—¡TODO PODRIDO... HASTA YO!

Galeria Uruguay



EDUARDO ACEVEDO DÍAZ

Garas y Caretas

—Mia que tú...
—Sí, señor, yo.
Si quieres saber el cómo...
—No he de querer!
—Mu sencillo;
tú me compras á mí el loro,
y pa que no te incomode...
pus me regalas el otro.

ANTONIO SOLER



Don EDUARDO ACEVEDO DIAZ

Entrado de pronto á las agitaciones de la vorágin política llevando tras sí con ímpetu violento de tempestad justiciera un gran movimiento de opinión exaltada, su acción y sus propósitos son hoy punto céntrico de acerba y cruda discusión por parte de los sacudidos en medio de su plácida digestión de burgueses acomodados.

Y esta crítica de sus fines y procederes ha tocado de rechazo á su personalidad, lo bastante saliente para servir de punto de mira al mal humor de todos los que vivían contentos y sin cuidados, en el feliz abotagamiento con que siempre adormeció la paz octaviana á los que gozan plenitud de estómago y á los que sufren cansancio de espíritu.

No niego que pueda ser discutible su acción política, pero es ya indiscutible su acción intelectual.

Tiene un talento vigorosísimo, incisivo y bravo en la tribuna política, tanto como romántico, casi lírico, y delicado en el campo literario

Es sin disputa el primer novelista uruguayo, y la novela histórica en sus manos ha dado á la historia literaria de su patria páginas muy hermosas y tipos que vivirán con toda su fiera charrúa, como nacidos que son para vivir bajo el patrio sol, el que vió forjarse la nacionalidad há botes de lanza relampagueando los sables sobre los cañones extranjeros.

Llamado para galvanizar un partido, don Eduardo Acevedo Diaz ha subido á la tribuna periodística con el convencimiento y la unción con que subiría un sacerdote al altar, la vista fija en un punto al que se va por una línea recta, inflexible, que hay que trazar trillando rudamente las malezas del camino.

Y en efecto, tiene algo de sacerdote, de iluminado en su palabra familiar, algo de profeta batallador en sus exhortaciones públicas.

En su voz reposada y grave palpitan todas las severidades austeras para lo frívolo, para las negaciones cobardes; todos los respetos para lo grande, para el ideal perseguido, para los ensueños generosos.

Se advierte en seguida que su cruel cura por el fuego, es el resultado de una convicción tranquila, no el fruto de una exaltación enfermiza.

El entrecejo enérgico, el rostro enjuto y moreno, los rasgos acentuados, dejan adivinar en él un autoritarismo de jefe, una severa rigidez de caballero andante celoso de sus prerrogativas. En su actitud y en sus actos denota una mezcla extraña; ora los tiene de criollo pendenciero, ora de antiguo noble altivo.

Pero en el trato familiar, toda la solemnidad de su alta figura severa se esfuma y atenua en el amable y benevolente medio tono de una cortesía exquisita, de una cortesía de gentil hombre, que se va perdiendo con la tradición caballeresca de la generación que nos precedió.

Sus adversarios le echan en cara su lirismo, quizá es él efectivamente un defecto en la época y en el país de los prácticos; pero gracias á ese lirismo duele el Uruguay enorgullecerse de «Ismael», «Naturaleza», «Soledad» y «Grito dn Gloria».

COsas DE POETAS



Sentado estaba Fileno junto al borde de una fuente apurando así el veneno de los desdenes sin freno de su tierno ídolo ausente:

« Arroyo de blanca cuna que retratas de la luna los colores, vete y cuéntale á mi diosa con voz dulce y cariñosa mis amores.

» Dila que al nacer la aurora tan triste conmigo llora mi hado impío, que á mis lágrimas ardientes mezcla las suyas candentes de rocío.

» Dila que al llegar la tarde cuando el sol apenas arde en ocaso, danme angustia esos destellos pues sólo por sus cabellos yo me abraso.

» Ve y dila mis amarguras, claro arroyo que murmuras por mi suerte, vuelve y dime qué contesta ó aguardando su respuesta aquí me hallará la muerte. »

Quedó el trovador sumido en negras contemplaciones y el arroyo enternecido llevó al ídolo querido sus tristes lamentaciones.

Pero un sapo que escuchar pudo sus frases, á tientas se acercó para exclamar:

—Niño, te vas á cansar de esperar, si no te sientas.

—Respuesta no habré quizás?
—Con esos falsos apoyos, repuso el sapo, jamás; porque ni hablan los arroyos ni pueden volver atrás.

A muchos escritores de gazapos, ¡cuánto les convendría un par de sapos! Pues cual Fileno, que de absurdos vive, son todos los poetas... yo inclusive.

José G. GARCÍA

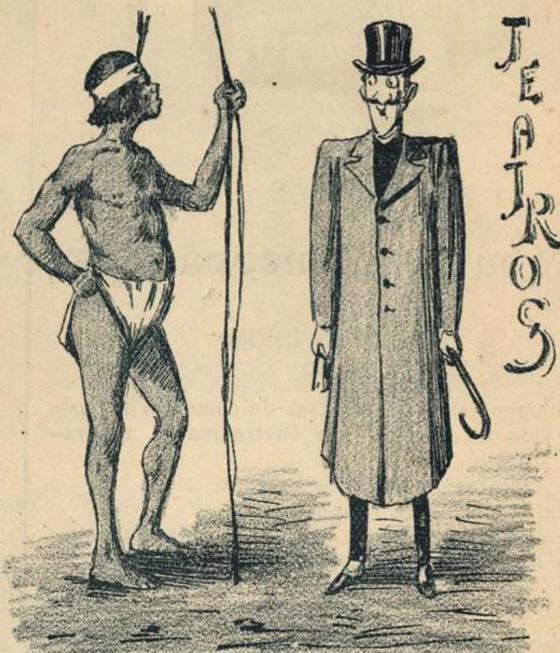
Hay tiempo

Dice *La Nación*, á propósito del nombramiento del señor Hordeñana, como Ministro Interino de Relaciones Exteriores:

«Dicho caballero que por sus años de práctica, por sus conocimientos, las misiones que ha desempeñado y las relaciones que conserva con los representantes de diversas naciones, sabrá, como lo de-

mostró en otras ocasiones, hacerse digno de la confianza que depositó en él el Superior Gobierno.» Por lo visto, el señor Hordeñana no es digno del puesto que ocupa; ha menester que se haga digno de él.

Para piropos *La Nación*.



Repertorio cómico y satírico y burlesco

Los acontecimientos de la semana han sido el beneficio de De Sanctis en Solís con *I disonesti* y el estreno de «América y Europa» en Cibils.

Tarde subió aquél á la escena para poder dedicarle en nuestras columnas la atención y el espacio que se merece.

«I disonesti» gustó mucho; es drama de fibra que debe repetirse por lo que es y porque la compañía Vitaliani lo da muy bien. Ofrece á un artista correcto como de De Sanctis excelentes situaciones para lucir un talento claro y discreto, y De Sanctis las aprovechó bien, perfectamente secundado por sus compañeros.

Pero, ya que hablamos de dramas nuevos. ¿Será ilusión mía, ó la empresa nos prometió «Los espectros» de Ibsen y «Mar y Cielo» de Guimerá?

Debe ser ilusión mía, porque parece que la temporada va á su fin y no oímos hablar de ello.

No! Pues lo que es yo, si fuera abonado!...

Pero no soy abonado. No obstante lo cual quiero verlos.

«América y Europa», comedia de Blumenthal y Kadelbourg hizo pasar agradableísimo rato á los concurrentes á Cibils.

Es alegre, entretenida, picaresca é interesante. Quizá, quizá muchos chistes no son del todo nuevos ni originales, pero hacen reír como si tal.

Y luego que Emanuel y Rossi la interpretan irrepachablemente, y es estapalabra que, dicha, excluye y ahorra tiempo y elogios.

La Montagna á su vez, bonita y graciosa como es, dió delicados matices á su papel.

Después de esto cumple ocuparse de «El señor Director», linda comedia francesa que dá ocasión á Emanuel para crear un personaje muy fino y muy galante aunque con pantalones cortos, y á la Montagna una viudita seductora, sin *aunque*.

Y por último «Il figlioccio de Pompignac» dado el jueves ante buena concurrencia, y del cual nos ocuparíamos más detenidamente si no se hubiera dado en jueves; entrará en la próxima.

No concluiremos sin lamentar sinceramente la ausencia aquí de una crónica, cuatro palabras siquiera, sobre el estreno de la Compañía Nacional, efectuado el jueves en el Teatro Stella d'Italia.

Ello se debe á que la dirección de dicha empresa, haciendo una excepción que nos es sensible, no envió á este periódico las localidades que acostumbran á poner las empresas teatrales á disposición de la prensa, uso que ella misma siguió con los demás colegas esta vez.

Y aquí, aunque no sea halagüeño, viene bien lo que de otra sociedad uruguaya y por igual causa dijimos hace ya tiempo en estas columnas.





Glóbulos homeopáticos

(EN DOSIS IDEM)

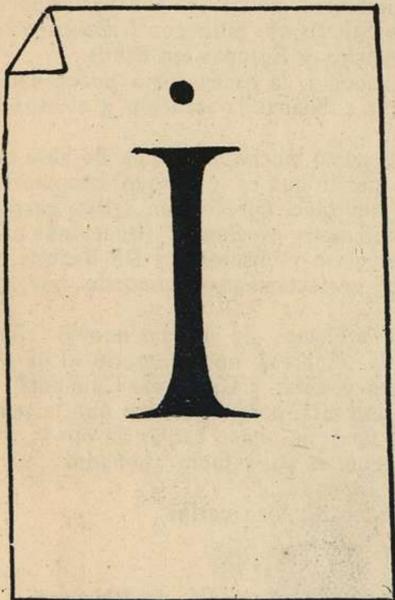
Un dependiente de una casa de comercio del Salto ha sido secuestrado por cuatrocientos miserables... pesos.

Los raptos no han sido habidos.

Ni el dependiente tampoco.

Pero se sospecha que éste con todos aquéllos deben estar todavía juntos.

Hoy descifrar no puedo ¡habrá ignorancia! por más que es mi deseo muy formal, el cómo y el por qué en París de Francia no nace en todo el año un oriental.



APPELLIDOS CONOCIDOS
EN SÍMBOLOS COMPRIMIDOS

I—SOLA

(Para tarjetas de visita económicas)

Epigramas

El actor cómico Pérez tal es el hambre que pasa, que en los papeles se come la mitad de las palabras.

Criticán al tenor Rada que lleve diariamente la levita tan rozada. En actor tan eminente la falta está disculpada. ¡Se roza con tanta gente!

C. BRUNET

Aunque está mal educado como grueso y bueno está, siempre presumiendo va de haber sido bien criado.

En yo no sé qué función, una procesión salía;

pero cierta compañía suprimió la procesión. Y alguien decía en un centro: —Mal la compañía está; nada han de ganar, pues la procesión anda por dentro.

Llama uno. Sale un criado. —¿Está la señora? —Ha entrado de la calle... Tome asiento y espere usted un momento á que se haya desnudado.

Disfrazado con cinismo, un granuja en Carnaval, en disputa muy formal á un moro rompió el bautismo.

COLEGAS DE BUEN HUMOR



Pellizcos con tijera

SU DECRETO REGLAMENTARIO

El Director de CARAS Y CARETAS en uso de las facultades que el compañerismo, el interés de sus lectores y la autoridad y prepotencia periodística de la tijera le acuerdan,

Decreta:

Artículo 1.º Confíscase por razones de utilidad particular y á los fines de mayor propagación, el buen humor de los colegas que lo tengan, el cual debe ser pellizcado semanalmente sin escrúpulos ni vacilaciones, é inyectado en las columnas de CARAS Y CARETAS.

Art. 2.º Impónese á los colegas la obligación de tener buen humor esparcido en sueltos, siete veces por semana cuando menos.

Art. 3.º Y nada más.

Artículo adicional. —Los lectores de CARAS Y CARETAS deberán agradecer por nota ó por monedas, esta concentración del *sprit* hasta ahora diseminado en los diversos colegas.

Comuníquese y publíquese... lo que se haya podido pellizcar.

Que es esto:

EN COLÓN

LA PESADA MANO DE LA LÓGICA Y LA FUENTE CRISTALINA

Los misterios del desagüe descubiertos

Al banquete que dedicado al doctor Zorrilla de San Martín dió ayer el Director del Colegio Pío de Villa Colón, asistió el señor Presidente endémico de la Junta Económico Administrativa y depositario del primer documento histórico que ha caído entre nosotros bajo la pesada mano de la lógica.

El tal, una vez terminado el almuerzo, sintióse inclinado á los placeres inocentes con ribetes de ciencia recreativa.

Quizá influyera en aquella predisposición del insigne municipal, la vista de la naturaleza tranquila, de los tiernos pajarillos, de los niños juiciosos, de

todo lo cándido, de todo lo inocente que le rodeaba.

El caso es que, un tanto emocionado, detúvose á contemplar las cristalinas aguas de la fuente que adorna el patio destinado á recreo de los niños.

—¡Oh, el agua!—se le oyó murmurar con voz empapada de admiración, tremando todo él á impulsos de la emoción.

Y quedó silencioso!

¿Cuánto tiempo duró aquella sublime meditación filosófico-hidráulica?

El mismo no podría decirlo.

Pero, una vez terminada, el doctor Zorrilla y el doctor Píera que pasaban cerca, le vieron, sereno y majestuoso, estender hacia ellos su brazo robusto y llamarlos con un movimiento del dedo índice.

Acudieron hacia él y de nuevo reinó en aquel lugar húmedo religioso silencio que interrumpió por fin el doctor Vilaza para decir con voz grave:

«Señores: Os halláis en estos solemnes momentos ante un documento histórico que parece sencillo pero que no es sencillo.»

Y se recogió un instante en sí mismo.

«He ahí—continuó—el agua cristalina que se desliza mansamente saltando graciosa en gotitas de cristal líquido que algún día será vapor y después lluvia.»

«Ahora bien; la linfa se desliza pero ¿por qué se desliza? ¿Por qué no se desborda?»

Y miró con mirada penetrante á ambos.

«La pesada mano de la lógica os dice que si el agua sigue cayendo, más cada vez, acabará por no caber en el pétreo recipiente del documento. ¿Por qué no sucede esto? ¿Es que se agranda cada vez más el recipiente? ¡Oh, no! ¿Luego?... ¡Misterios de la macánica... ¡digo! de la mecánica hidráulica, que voy á revelaros!»

Ved. El agua no se derrama, porque se va escapando! ¿Cómo—dixeis—sin verlo nosotros? Así Aquí hay una válvula, una valvulita muy linda que deja escapar cuando está abierta, tanta agua como... nó; más agua que... este... menos agua, pero... Bueno; que deja escapar el agua; pero cuando está cerrada, oídlo bien, cuando está cerrada, no la deja escapar!

Helo ahí explicado.»

Y, enternecido ante aquellas maravillas inocentes que había hecho gozar á sus colegas, levantó el pecho con un gran suspiro matinal, y se alejó lentamente del documento ingenioso cuyos misterios acababa de revelar!

LOS DEL ACOMPAÑAMIENTO

LAS FRASES DEL DÍA

Al sepelio del doctor don Jaime Estrázulas asistieron, como ya lo sabrán ustedes, S. E. don Juan Idiarte Borda, el señor Presidente endémico de la Junta Económico-Administrativa y «Son Excellence Monsieur», además de don Juan José Castro.

Y gracias á ellos, aquel acto tuvo su nota un tanto cómica: que es común hallar lo ridículo en lo lúgubre, si asiste quien se preste á ello.

El veterano edil, por ejemplo, tuvo un gran momento de ensimismamiento al ver ante sí la Necrópolis.

—¡Oh!—dijo clavando absorto los ojos en el suelo, después de abrazar con una mirada húmeda toda la extensión del cementerio y cada uno de sus monumentos.

Y luego dirigiéndose, sin mirarlo, á su colega Egaña, exclamó:

—Hé aquí esto que llaman cementerio y que no es otra cosa que el archivo do yace toda una generación documentada!

Entre tanto, mientras se pronunciaban los discursos, el señor Ministro de Fomento, mirando al cielo azul, á las flores bañadas de oro por un sol lujoso, á las canorasavecillas que chillaban alegres, dijo suspirando.

—¡Qué hermoso día! ¡Cómo sentirá el Dr. Estrázulas haberse muerto, á él que le gustaban tanto los días lindos!

Y se cuenta que, inmediatamente después de terminados los discursos (eran las 12 y media) el doctor Miguel Herrera que esperaba una felicitación, dijo por lo bajo á S. E. don Juan.

—¿Y qué dice Vucencia de todo esto?

—¡Qué tengo un hambre bestial!—contestó él apretando el paso.

Pero lo que llamó mucho la atención fué el forro del kepi de «Monsieur», de purísimo color heliotropo tierno, comentándose mucho esta afectuosa atención de don Clodomiro, (en cuya sastrería se supone hecho el kepi) que con tal discreción halló el modo de decir al apreciable «Monsieur» por medio del simbólico color: «Solo á tí miran mis ojos!»

(De La Tribuna Popular.)